

Historia de la locura en la época clásica

Michel Foucault, 2 tomos. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 1992

Por Sebastián Van Den Dooren



Hipólita (“la coja”, la prostituta, la esposa del farmacéutico Ergueta, internado en el Hospicio de las Mercedes) está acostada a oscuras en la cama de una *miserable pieza de un hotelucho de ínfimo orden*. Mira la claridad verdosa de un cartel luminoso que se filtra por los resquicios de la celosía. *Se frota las sienes. Una sensación de frío roza su oído como una saeta de acero que le taladra los sesos. El círculo pesado de sus ideas gira sobre su cabeza como proyecciones fijas. Piensa: el esposo loco, Erdosain loco, el Astrólogo castrado. ¿Pero existe la locura? Cierra los ojos, ordena sus pensamientos (de esos en los que se detiene el ser humano, como un oasis que el misterio ha colocado en él para que repose tristemente) y exclama desde la soledad, el odio, la indignación, desde la impotencia de la marginalidad: ¿Existe la locura? ¿O es que se ha establecido una forma convencional de expresar ideas, de*

modo que éstas puedan ocultar siempre y siempre el otro mundo de adentro, que nadie se atreve a mostrar?

Este mismo interrogante, por cierto profundo, planteado por Hipólita, es decir, por Roberto Arlt, en un insomnio de 1929, en aquel hotelucho porteño, se planteará, años más tarde y en otro contexto: Michel Foucault, en la tesis con la cual se doctoró en letras.

Su primera publicación —previo a su defensa, dado que la tesis debía ser publicada antes de ser leída ante el Tribunal—, es del año 1961 (editorial Plon). Once años después, en 1972, se publica nuevamente por la editorial Gallimard. No varía respecto de la anterior más que en la supresión del prefacio, en la agregación de un apéndice con dos textos escritos a propósito de las resonancias del libro (“La locura, la ausencia de obra” y “Mi cuerpo, ese papel, ese fuego”), y en el título: de *Folie et Déraison. Histoire de la folie à*

l'âge classique quedó simplemente *Historie de la folie à l'âge classique*. En un principio el autor tubo en mente otro título: *L'Autre tour de la folie*, pero, como explica su biógrafo, Didier Eribon, Foucault optó por un título más universitario dado que se trataba de una tesis.¹

Comenzada “durante la noche sueca” y acabada “al sol testarudo de la libertad polaca”², Foucault redactó su tesis lejos de Francia. Acometida durante su estancia en Uppsala, Suecia, probablemente en el año 1956, concluida en 1959 en Varsovia, Polonia, y redactado el Prefacio en 1960 en Hamburgo, Alemania. Su director de investigaciones fue Georges Canguilhem, a quien cuando le llegó por primera vez el manuscrito a sus manos la obra ya estaba en realidad concluida, produciéndole un “auténtico mazazo” y una gran impresión por su “primerísima magnitud”.³ Por ello tan sólo se limitó a sugerirle unas pequeñas modificaciones. Sin embargo, si bien en los agradecimientos Foucault reconoce que Canguilhem “me aconsejó cuando no estaba todo tan claro [y] me ahorró no pocos errores”, según Eribon el autor prefirió no cambiar nada, siendo leída, en fin, tal cual la redactó en su soledad. El otro director fue Daniel Lagache. La defensa tuvo lugar en la Sorbona el 20 de mayo de 1961. Luego de una larga discusión con su principal opositor, el mismo presidente del tribunal, Henri Gouhier, la tesis obtuvo la calificación de “muy honorable” y Foucault una medalla de bronce.

Historia de la locura en la época clásica es un libro vasto, complejo, cautivante, con una escritura poética, magistral, erudita, y, según Frédéric Gros, “ordenado por un extraño método”⁴. Socavan sus casi mil páginas el interrogante arleano: ¿acaso *existe la locura?*. Foucault responderá que sí existe, pero no refiriéndose a su fenomenología, a la locura en sí, sino a su enunciación por parte, como dijo Hipólita, de una *forma convencional de expresar las ideas*, o —en palabras ya del mismo Foucault— de un “gesto de razón soberana”.⁵ La locura existe porque alguien la pronuncia con pretensiones de diferenciarse de ella: “el loco es el otro por relación a los demás”. (I. p. 285) Este es el punto de partida del libro. A partir de allí la búsqueda, minuciosamente documentada, consistirá en rastrear el origen de la partición razón-locura, el “grado cero” de su historia, es decir ese momento donde aún la locura no se encuentra establecida “definitivamente en el reino de la verdad”.⁶ Por esta razón su desarrollo no será lineal: retrocede a medida que avanza y avanza a medida que retrocede. Los años y los siglos se sucederán, en cada capítulo, desfragmentados, en varias direcciones. Es un libro donde por momentos se pierde la noción del tiempo y del espacio, de la razón y de la locura, pero sin ambigüedades, sino más bien a causa del terreno en el cual se mueve e indaga el autor.

Foucault reconoce que esta búsqueda implicará internarse en una región sin duda “incómoda”. Debe renunciarse a la comodidad

¹ Michel Foucault, Anagrama, Barcelona, 1992, p. 134.

² “Prefacio” de 1961 (suprimido asimismo de la versión en castellano), en Foucault, Michel, “Entre filosofía y literatura”, Obras esenciales, Volumen I, Paidós, Barcelona, 1999, p. 129.

³ Eribon, cit., p. 146.

⁴ Foucault y la locura, Nueva Visión, Buenos Aires 2000, p. 27. Libro que recomiendo por su profundo análisis del tema no sólo en *Historia de la locura*, sino en otros textos anteriores y posteriores a éste.

⁵ “Prefacio” de 1961, cit., p. 121.

⁶ *Ibid.*

de “las verdades terminales” y a los establecidos “conceptos de la psicopatología”, dado que ellos, en su ciencia, ocultan ese gesto primero y constitutivo de la partición Razón-Locura. Ésta forma parte de una “cultura”, la “occidental”. De ahí que el recorrido de la locura sea un análisis histórico –desde fines del siglo XV hasta principios del XX– e interdisciplinario de senderos que se bifurcarán en cada recodo, que a su vez se bifurcarán en otros tantos senderos, internándose cada uno de ellos en las tinieblas de la locura, donde convergerán. Estos senderos serán las imágenes de los monstruos del arte plástico y las descripciones pictóricas de Jerónimo Bosch, de Brueghel, de El Bosco, de Goya, de Van Gogh; la literatura de Brant, de Cervantes, de Shakespeare, de Diderot, de Sade, de Hölderling, de Nerval, de Artaud (fundamentalmente de Artaud, poeta para quien la psiquiatría no fue más que un invento de *una sociedad tarada*⁷); la filosofía de Erasmo, de Pascal, de Descartes, de Nietzsche (fundamentalmente de Nietzsche), y los archivos, claro. Todo este conjunto de textos, entre muchos otros más, hablan en silencio sobre la locura. Foucault los rescata, les da la voz y la palabra, pues son textos “que llegan por debajo” de ese lenguaje que es el de la psiquiatría, es decir, “el monólogo de la razón *sobre* la locura” y que le impone su silencio. Es así como Foucault dio sus *pasos en la niebla* –digamos para recordar un verso de Pizarnik, la *loca* Pizarnik–. Su propósito fue indagar ese silencio olvidado, la otra verdad (ilegítima, apócrifa) que la Historia (legitimadora) ha callado: “no he querido hacer la historia de este lenguaje –escribe en el Prefacio

de 1961– sino más bien la arqueología de este silencio”.⁸ El hilo conductor de su escritura sube y baja a lo largo de su desarrollo, emerge de la oscuridad para luego sumergirse en las tinieblas del vacío de esos textos e imágenes que pretende iluminar, ese mundo existente pero inexistente a la vez, un universo de cuerpos, de voces balbuceantes, de gritos acallados, de cadenas, de paredes frías, pero sin historia. Podríamos decir, sin exagerar, que la vastedad de la *Historia de la locura* surte un efecto poético: la comunicación con el silencio, con las lenguas extirpadas o confinadas. Si una de las acepciones de la poesía es la de ser una luminaria de las sombras de la tragedia humana, Foucault cumple con ella, dado que ilumina y reviste de frases a la oscuridad sin verbo. “Ha sido preciso hablar de la locura solamente en relación con ese ‘otro modo’ que permite a los hombres no estar locos”.⁹

Según el contexto histórico, la locura es ocultada por quien la enuncia, o temida, o rechazada, o prohibida, o reprimida, o medicalizada. El núcleo del libro, como lo dice su título, es la experiencia clásica de la locura, es decir los siglos XVII y XVIII. Asimismo, analiza la experiencia desde fines de la Edad Media hasta el siglo XVI, y la experiencia moderna de la locura, desde fines del siglo XVIII y durante el XIX. Algunas páginas están dedicadas al trato de la locura por el derecho romano y otras, por el psicoanálisis. De una manera riesgosamente sintética podría resumir estas experiencias de este modo:

En la primera fragmentación, el Renacimiento, la lepra desaparece, pero perdurarán las imágenes unidas al personaje del leproso y

⁷ Van Gogh: el suicidado de la sociedad, editorial Fundamentos, p. 15.

⁸ Cit., p. 122.

⁹ *Ibíd.*, p. 128.

el sentido de su exclusión, los leprosarios. Su lugar es tomado por el fenómeno de la locura, junto con las enfermedades venéreas. Ambas ocupan “un espacio moral de exclusión”, pero sin médicos, personaje éste que “tardará bastante en apropiarse” de ellas. (I, p. 20). Se gesta –sin consumarse todavía– la gran separación Razón-Locura. Hay locura por “referencia a una razón”. (I, p. 57). En esta época, la locura no es dominada aún, sino “aunada a todas las grandes experiencias del Renacimiento”: es expulsada fuera de las murallas de las ciudades, donde se la dejaba vagar “errante” por los campos, o embarcada en “la nave de los locos”, ese “extraño barco ebrio”, navíos de peregrinación “altamente simbólicos, que conducían locos en busca de razón”. (I, p. 21) La locura es una amenaza a la vez que una ridiculez, por lo cual es objeto de burla y de la “contemplación despectiva de esa nada”. Asimismo, se desdobra en “loca” y en “sabia”. (I, p. 62) Dentro de los grandes análisis semi-antropológicos y semi-cosmológicos, la locura es una manifestación sombría de desorden en el hombre, es el “caos en movimiento”. (I, p. 27)

Sucedirá que en la experiencia de la época clásica, la segunda fragmentación analizada por Foucault, la locura será “retenida y mantenida, ya no es barca, sino hospital”. El encierro reemplaza al embarco. (I, p. 72) Ocorre el Gran encierro de la locura. La “estructura más visible” de esta experiencia clásica es el internamiento de los alienados. (I, 80) Se construyen hospitales generales en los principales países de Europa, pero no como “un establecimiento médico”, sino como “estructura semi-jurídica” o “entidad administrativa”, lugar de “soberanía casi absoluta” con reales poderes paralelos de decisión, juzgamiento y ejecución. (I, ps. 81-82) La sensibilidad a trasmutado de lo religioso a lo

social. Por lo cual la locura, junto con los pobres y demás marginados, desata un problema de policía “concerniente al orden”. Debido a que el loco perturba el orden social, es puesto “fuera de circulación” dentro de esas instituciones donde se confunde el antiguo rito caritativo de la iglesia con las nuevas necesidades de represión. (I, pp. 101 y 85-86) La sinrazón ya no es algo que proviene desde lejos similar a una fantasía, sino una naturaleza “demasiado próxima al hombre”. Así comienza una “crisis del mundo ético” entablándose la gran lucha del Bien y del Mal por el conflicto irreconciliable de la razón y de la sinrazón”. (I, ps. 160 y 167) La sinrazón es la razón deslumbrada, es abrir “los ojos ante el sol” y ver nada, es la noche de la luz de la razón. (I, p. 379)

Por último, en la experiencia moderna, a fines del siglo XVIII y XIX, comienza a interpretarse la locura como una enfermedad mental, por lo cual su problemática se desplazará “hacia la interrogación del sujeto responsable”, dado que “el hombre moderno busca a la vez su profundidad y su verdad”. La internación tendrá un fin exclusivamente terapéutico. (I, p. 507) Nace la nosología, la locura ya no es una sola sino que comienza a subdividirse, a clasificarse, variando las gradaciones de la peligrosidad. El personaje del médico adquiere mayor prestigio. De hecho, “se convierte en el operador casi mágico de la enfermedad y toma la figura del taumaturgo”, dado los dotes de poder de su palabra “que de un golpe descubre la falta y restaura el orden de la moral”. (II, pp. 256-260). Aquí se encuentran los aportes de Pinel, supuesto abanderado de la liberación del loco de las frías cadenas de los manicomios, falso filántropo, pues a pesar de su liberación “la locura será castigada en el asilo, aunque sea inocente en el exterior”. La psiquiatría, más que una ciencia, introduce un personaje con gran

poder para dominar la locura dentro del asilo. (Ver II, pp. 251-257). Surgen en esta época todo un conjunto de nuevas terminologías psiquiátricas (“monomanía homicida”, “locuras morales”, “degeneración”) de la mano de Esquirol, Geogert, Marc, Morel, entre otros. Nociones inventadas para explicar lo inexplicable de ciertos crímenes carentes de *razón*, de móvil.

Ésta *Historia de la locura en la época clásica* (que transcurre ante todo en Francia e Inglaterra, y en menor medida por Alemania y por otros países asimismo europeos), narra, aunque de una manera indirecta, nuestra propia historia de locura. En este sentido, el libro de Foucault nos sirve para comprender,

en cierta medida, el tratamiento de la locura en Argentina desde la segunda mitad del siglo XIX. Fundamentalmente las tecnologías francesas (junto con el positivismo italiano, por cierto, no objeto de análisis por parte de Foucault en el texto comentado), sus discursos, sus prácticas extra-discursivas, la influencia decisiva, determinante, de la psiquiatría en los jueces civiles y penales, todo ello se exportó a nuestro país, donde tuvo una *muy rica* aplicación¹⁰. No por nada la indignación de Hipólita encerrada en aquel hotelucho, y esa pregunta que hace temblar toda una conciencia *convencional de expresar ideas: ¿existe la locura?*.

¹⁰ Ver Hugo Vezzetti, *La locura en la Argentina*, Paidós, Buenos Aires, 1985; Enrique Mari, “Moi, Pierre Rivière...’ y el mito de la uniformidad semántica de las ciencias jurídicas y sociales”, en *Papeles de filosofía*, Biblos, Buenos Aires, 1993, y Máximo

Sozzo, “A manera de epílogo. Cuestiones de responsabilidad entre dispositivo penal y dispositivo psiquiátrico. Materiales para el debate desde Argentina”, en *Delito y sociedad. Revista de Ciencias Sociales*, Año 8, N° 13.